

LA LUCHA EN EL YEMEN

Desde los días navideños insistentemente se recogen en la Prensa referencias a choques, luchas, revueltas, agresiones, en el espacio geográfico situado al Suroeste de la Península arábiga, sin concretar con claridad la localización donde se producen los brotes.

Las denuncias de los representantes diplomáticos del Yemen en El Cairo y Londres atribuyen a los británicos la iniciativa de estas agresiones, y, al contrario, los portavoces ingleses achacan a los yemenitas penetraciones armadas dentro del Protectorado de Aden, que han motivado la reacción militar de las fuerzas inglesas.

El mar Rojo parece adquirir por momentos un significado político acorde con su designación cromática, como si el fogoso nombre, anterior a las ideas soviéticas, fuera un presagio semejante al de la Plaza del Kremlin de Moscú, que ya era roja en tiempos de los Zares, mucho antes de la Revolución bolchevique.

El motivo de todas las fricciones en el Yemen es ya viejo, y para interpretarlo es útil recordar la evolución de unos acontecimientos que no han surgido bruscamente. A principios del siglo pasado la Compañía Británica de Indias firmaba un tratado de comercio con el sultán de Lahay, que mandaba en Aden, y en 1830, con pretexto del saqueo de un buques inglés varado en la costa, se obligaba al sultanato a la cesión de la playa a cambio de una pensión. El principal y primer paso se había dado, cuando la circulación hacia la India exigía todavía el trasbordo en el istmo de Suez, y así la apertura posterior del Canal justificaba estratégicamente este apoyo naval en la puerta meridional del mar Rojo. Era una época en que también España circulaba por el camino afro-asiático hacia las Filipinas. Y en 1863, en la década floreciente de nuestra flota de fragatas y de la campaña naval en el Pacífico, el emir Alí Tabat ofreció a nuestro país un establecimiento en la costa de Aden. No se comprendieron los valores estratégicos de la geografía de bases, y España perdió la mejor ocasión de asegurar su camino, fa-

cilitando a Inglaterra, de 1884 al 86, la extensión de su influencia en aquellas costas e islas de las dependencias del Protectorado de Aden, mediante convenios con jeques y sultanes que prácticamente vivían desligados del poder de la Sublime Puerta.

El Iman del Yemen, que regenta un pueblo de 800.000 habitantes y 190.000 kilómetros cuadrados —donde se hicieron famosos los aromas del moka de la Arabia Feliz—, nunca estuvo conforme con la vecindad británica, porque aislado en su altas tierras, de 3.000 a 4.000 metros, encontraba cerrado el camino hacia el mar para comerciar con las tribus de la costa; pero al término de la primera guerra mundial, en la desmembración del Imperio otomano, el monarca saudita, dueño de la mayor parte de la Península arábiga, aspiraba a completar sus dominios con la incorporación del pequeño, antiquísimo y aislado Yemen. Inglaterra se percató del peligro que representaba una potencia fuerte en las puertas del mar Rojo, y gracias a su estrategia de equilibrio, olvidó por un momento las agresiones del Yemen y decidió apoyar al pequeño Estado, para lograr, en 1934, una paz entre los dos pueblos en lucha, y afirmar un estado barrera —a modo de Bélgica árabe—, al mismo tiempo que obtenía para sí otro convenio mejor, que garantizaba el mantenimiento de la situación con el Yemen por espacio de cuarenta años.

Parecía que la tranquilidad volvía al país de la reina de Saba, pero el petróleo de Arabia, como el oro en el Oeste americano, ha suscitado fiebres de ambición. Sir John Philby descubría rocas bituminosas sobre la meseta de Bal Ubad; se pedían concesiones, y los tesoros que el petróleo rendía en Kuwait, Irak, Arabia, despertaron hace diez años en el Yemen toda la pasión de las luchas civiles. El Iman Yahia era asesinado; luego el rebelde usurpador caía eliminado por el hijo del Iman, que, sin embargo, también tuvo que defenderse de sus hermanos Abdalah y El Abbas, que intentaron derrocarlo por supuesto aislacionismo.

Se comentó que algunas ayudas para esta rebeldía provenían de la vecindad británica, de donde partió el coronel yemenita Telaya. La dura represión afirmó en el poder al Iman Ahmed, que antes de su victoria había abandonado su hermetismo político. En 1951 firmó un nuevo tratado con Inglaterra sobre aspectos económicos, culturales y artísticos, y, no obstante, en julio de 1955 se reactivaban las fricciones en la vecindad de Aden, coincidiendo con la época de crisis planteada

en Egipto en torno a la evacuación británica. Entonces, tribus rebeldes de Rabisi, al Norte del Protectorado de Aden, causaron la muerte de dos oficiales británicos y heridas a ocho más, y la tensión se propagó a la vecindad de Hadramunt.

La situación en Mukalla obligó al envío urgente de refuerzos, organizándose por la R. A. F. un puente aéreo para el transporte de tropas desde Chipre, que se inició con mil soldados; aunque la segunda expedición no se hizo necesaria, demostraba la gravedad de los sucesos, el hecho de trasladarse desde Nicosia a Aden el general sir Charles Keighley, el mismo que un año más tarde tomaría parte en la acción contra el Canal.

Aquellas medidas parecieron calmar la efervescencia en la raya yemenita hasta el pasado diciembre, cuando los acontecimientos se reactivaron, rebasando los límites de su marco local.

El resumen cronológico de los hechos desde mediados de enero, en que los choques acusaron mayor violencia, permite formar un juicio de la situación. Según declaraciones yemenitas, el día 16 de enero, los británicos, con aviones, carros y artillería, hacían objeto de un fuerte ataque a la desguarnecida ciudad de Harib; aunque datos más concretos apreciaron el alcance de esta agresión, en dos ataques llevados a cabo por ocho y cuatro carros, respectivamente, apoyados por dos aviones.

Sin embargo, en la jornada siguiente, el 17, los portavoces británicos desmentían aquella información, y añadían, que los jefes árabes sometidos al Principado de Aden, deseaban negociar con los del Yemen para encontrar una fórmula de alto el fuego, si bien el de Beihan exigía la previa retirada de las fuerzas yemenitas que habían entrado en su territorio.

Este informe resultaba contradictorio sobre la localización de las agresiones a uno y otro lado de la raya limítrofe. Sin confirmación sobre la sinceridad o error de apreciación de unos y otros, sólo a título de curiosidad, cabe señalar en este confusionismo que los aviones de la R. A. F., queriendo proteger a los amigos de Beihan, erraron la observación causando bajas importantes a las posiciones propias.

El día 22 se recrudecían los choques en intensidad, número y frecuencia, ya claramente en el interior del Protectorado de Aden. Trescientos hombres atacaban en el fuerte de Ghaniya, al sur de Bihan, y otros 250, en Beidha, con la ayuda de las tribus disidentes; un convoy

de Dunawa a Aden, al Oeste del Protectorado, resultaba también agredido, y la falta de tropas británicas, suficientes para atender a esta multiplicidad de choques, obligó al mando británico al transporte aéreo de una unidad de fusileros escoceses.

A partir de este momento los ataques terrestres serían frenados, principalmente por la aviación. La antigua fórmula británica del siglo pasado: la Infantería de Marina actuando en las colonias desde sus "cuarteles a flote", como una prolongación de la fuerza metropolitana, ha evolucionado, y hoy son compañías aerotransportadas de Aighlanders, apoyadas por toda la fuerza de la R. A. F., las que sostienen el poder británico, dirigidas por un mando que en el caso del Yemen corresponde a un general del Aire.

El día 23, Inglaterra informaba a las Naciones Unidas sobre las incursiones yemenitas. De nuevo estos informes eran rechazados por la Legación de este país en Londres, que, por el contrario, expresaba: "Los ataques fueron realizados por las fuerzas británicas; el hecho es que existe una revuelta en la comarca inglesa, pero mienten al afirmar que los rebeldes son incitados y ayudados por los yemenitas."

Es lo único que parece comprobado por el momento, la subversión en las tribus de Aden; la confusa delimitación fronteriza con el Yemen fué aprovechada por su Iman para adelantar posiciones, después de una movilización que pareció alcanzar a mediados de enero a unos 6.000 voluntarios yemenitas.

El día 27, otra vez en Beihan, y lo mismo en Sania, a 17 kilómetros de Dalha, guerreros del Yemen penetraban en suelo adenita, y el día primero de febrero, su Iman se decidía a declarar a la Prensa, por primera vez en la vida del país, la reivindicación del territorio de Aden como parte integrante de su reino, declarando que una ola de 40.000 refugiados se acogía al amparo de su país escapando de la represión británica.

Este número parece exagerado para la poca densidad de población de estos desiertos, pero descubre el hecho de la revuelta y la posición antibritánica de un núcleo indígena, que en el 70 por 100 es racialmente yemenita.

Los ataques forzaron a mayores violencias aéreas, y el día 10 de febrero, la R. A. F. arrojaba octavillas amenazando a los poblados con la desaparición del mapa, si no eran entregados los disidentes. Con esta norma de actuación el poblado de Dunawa era destruído el día 11, por

aviones "Shakleton", y a continuación Inglaterra ofrecía al Yemen la formalización de conversaciones para el alto el fuego.

En este clima de violencias, el Iman del Yemen ha insistido en que no permitirá que los ingleses exploten a su país; se refiere con ello al descubrimiento y aprovechamiento de nuevas reservas petrolíferas. Desde el punto de vista económico y de soberanía, todos estos antecedentes parecían darle la razón, si el hecho no hubiera coincidido con otras circunstancias externas demasiado significativas.

Al producirse los primeros chispazos en el Yemen, y cuando aún no se había esclarecido la realidad de los móviles ni el alcance de las agresiones, ya el político Otto Grotewohl, jefe del Gobierno de la Alemania oriental se solidarizaba con el Yemen, y el día primero de febrero, Kisslev y Karpisek, embajadores de la Unión Soviética y Checoslovaquia en El Cairo, anunciaban su marcha inmediata al Yemen para presentar sus cartas credenciales como primeros representantes de países soviéticos, cerca del Iman del Yemen.

Esta circunstancia, unida al hecho de un viaje que hace seis meses realizó el príncipe heredero a la capital moscovita, concertando la adquisición de material de guerra por valor de nueve millones de dólares, obligan a estimar la discrepancia yemenita, de carácter más externo que nacional, con la curiosidad de su recrudescimiento cronológico cuando va a comenzar de nuevo la circulación por el Canal de Suez.

En toda esta complejidad, los hechos del Yemen, como antes los de Corea, más tarde Palestina, luego Siria, y, por último Cachemira, resultan siempre focos de diversión estratégica, para motivar virulencias que empujen a una lucha localista, "guerras a plazos" que debiliten a Occidente sin equilibrio paralelo al otro lado del "Telón de Acero".

MICUEL CUARTERO

